

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE INGRESO DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO J. CASTEJÓN CALDERÓN

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

Excmas. Autoridades, queridos compañeros, Sras. y Sres.:

Nobleza obliga. La vida pública y privada de la personalidad que hoy recibimos en nuestra Institución hace honor a tan exigente y acicateador *dictum*. La teoría de las élites, de tan amplia audiencia y recurrente utilización en las Ciencias Sociales para interpretar las claves más relevantes de los fenómenos colectivos, encuentra una insuperable ilustración en la trayectoria biográfica del que fue durante varias décadas pieza esencial del admirable funcionamiento de una de las corporaciones con las que la Córdoba contemporánea tiene contraída una de sus mayores deudas de gratitud: la Facultad de Veterinaria.

Miembro de un linaje acendrado por sus servicios a la colectividad, el Dr. Castejón Calderón ha sido creadoramente fiel al legado cívico que recibiera de sus mayores. En la cátedra y en los puestos de gobierno que desempeñase en el doble, al par que común, ámbito del *Alma Mater* hispalense y cordobesa, una estela de fecundidad y rigor acompañó su andadura. Los días y trabajos de su tarea universitaria estuvieron colmados de serondos frutos académicos y humanos, esparciendo en torno a sí, elegante e incesablemente, generosidad, estímulo y competencia. Un rasgo, empero, predominaba sobre todo en la observación del que contemplara su conducta en el aula, el laboratorio o el despacho decanal y rectoral. La referencia permanente a la labor de los antecesores remotos o inmediatos; la alusión encomiástica al quehacer de las generaciones precedentes; el trato en extremo amable y respetuoso con sus maestros y con los que, en el mundo de la Academia, habían alcanzado, por el derecho de ilimitada entrega y fructificación de envidiables dones y talentos, un lugar de auténtica excelencia. De esta forma, nuestro recipiendario daba una muestra más de su arraigada convicción de que el progreso social descansa esencialmente en la asunción creadora del legado de la historia con mayúscula y con minúscula, en la religación, tan afectiva como laboriosa, en la catena áurea y virgiliana.

Y ello, en un marco tan hispido y rupturista como el de la España del siglo XX. Pues, en efecto, en su niñez y, sobre todo, en su mocedad el Prof. Castejón Calderón vivió con intensidad las peripecias de un tiempo rico en dramas y adanismos. Los tractos y fracturas de la convivencia nacional en etapas aún cercanas al presente incidieron, en ocasiones con singular fuerza, en el entorno familiar y profesional, poniendo a severa prueba ideas y sentimientos. La contienda civil, la mundial y las dos postguerras consti-

tuyeron la dura forja en que se moldearon el carácter y la vocación del nuevo miembro de esta Casa y los de todos los integrantes de unas hornadas con las que la España actual, hemipléjicamente amnésica, descubre una y otra vez un pesaroso déficit de gratitud y reconocimiento. Acaso porque en primera persona y en su mundo más íntimo, el por entonces joven Francisco J. Castejón viviera con singular crudeza los desgarros provocados por un destino especialmente violento, los años de madurez entronjaron la copiosa cosecha de serenidad y comprensión a la que ha un instante nos referimos.

La noble figura de su padre proyectó sombra amiga a los ritos iniciáticos del Dr. Castejón Calderón. Pero tanto más que sobre sus primeros pasos por los estudios de Medicina y Veterinaria, debió darla en la adopción de un código deontológico y de actitud intelectual ante hombres y sucesos. El templado al tiempo que recio liberalismo del que fuese inolvidable Director de nuestra Academia, le serviría de escudo protector y, en especial, de guía segura en las tormentas que su primogénito, como hijo de su tiempo, vio remecidos hábitos y creencias, agitando su ánimo y exaltando entusiasmos y fervores propios de los comienzos de la vida.

Por encima de avatares y modas, de anécdotas y coyunturas, D. Rafael Castejón irradió un ejemplar magisterio, hecho de medida, ponderación y clarividencia, que, naturalmente, imantó la conducta de su hijo, especialmente, una vez llegado al territorio de la plenitud. En una Córdoba como la de la edad contemporánea, en la que las élites dimitieron en múltiples tesituras de su misión y responsabilidad, con lógicas y desastradas consecuencias para su presencia regional y nacional, encontrar una gens o, como gustaban de decir nuestros cronistas bajomedievales en una lengua que entonces alcanzaba su canon de perfección, un linaje cumplidor en grado de notabilidad de los deberes que tal prosapia cívica comporta, es, desde luego, una nota letífica y esperanzadora.

Que en el acto que presenciamos y en la ocasión que nos ocupa, se convierte en segura certeza y prenda de bienandanza para el porvenir de esta Casa. Incorporaciones como la del Dr. Castejón permiten atisbar el futuro inmediato de la Institución con la confianza derivada de una hoja de servicios cuajada de méritos y aportaciones al acrecentamiento de los saberes, fin último y esencial de todo organismo intelectual. Enfrentada con grandes desafíos en los años próximos, nuestra Academia deposita en su nuevo miembro una ilimitada ilusión en su quehacer cara a los trabajos corporativos. De los que se encuentran hodierno en su telar, ninguno acaso de mayor trascendencia que la celebración condigna de su bicentenario. Sólo la severidad del temple de una tierra y una ciudad reacias a las aparatósidades y relumbrones explica que acontecimiento de tal importancia no ocupe aún un espacio destacado en la agenda de las prioridades de sus ciudadanos y gobernantes. La cuarta o la quinta —en la cronología y, acaso igualmente, al menos ciertas épocas, en la cuenta de resultados científicos— Academia de la nación, bien merece que sus principales beneficiarios y, con ellos, los del país entero, consagren parte de su atención a que acontecimiento tan descollante quede inscrito con gruesos caracteres en la historia de la cultura española.

Esta y la particular de la institución emplazan, pues, a su nuevo integrante a no ahorrar vigiliias y afanes para que, en el ancho tajo de su especialidad, en compañía fecunda de otros académicos de idénticos saberes e inquietudes, contribuya al realce de esa fecha áurea que para la Real Academia, para Córdoba y ojalá que para toda España será la del año de gracia del 2010.

Existen, conforme es bien sabido, más de un paralelismo entre el oficio de historiador y el de médico. Quizá radique en ello la razón de haber recibido por nuestra Junta Rectora el honroso encargo de contestar al bello discurso que hemos tenido la fruición

de escuchar. Es cierta la afinidad entrambos quehaceres, a primera vista tan diferenciados como el galénico y el historiográfico. Uno y otro asientan sus tiendas en el campo inmenso de la muerte. Uno, el de Clío, absorbentemente; el otro, el de Hipócrates, de manera privilegiada, ya que el hombre y la mujer son seres para la muerte, como de forma tan genial insistiera en tan perogrullesca aserción el filósofo de más alto gálibo del novecientos. No; no son el hombre y la mujer unos seres exclusivamente para la vida, según afirmara en ocasión reciente y mediáticamente pandereteada, un sobresaliente pensador de la hora actual. La última estación de toda existencia es la muerte; y todo viaje, cualquier viaje, se emprende y explica a la luz de su término. Los médicos se esfuerzan porque éste llegue lo más tarde posible y se arribe “a la nave que nunca ha de tornar” —como dijera el poeta sevillano trasplantado a una Castilla cantada y ensalzada justamente en razón de su cultura tanática— se haga con la mayor calidad de cuerpo y espíritu. Tras el Carón, se llega al dominio de Clío, habitado exclusivamente por sombras elíseas...

Pero, bien se entiende, no son éstos el lugar ni el momento para echar atrevidos cuartos a espadas en polémicas de subido tenor. Únicamente quisiéramos peraltar el kairós, el don de la oportunidad que ha tenido el Dr. Castejón Calderón en elegir y desarrollar un tema de percutiente actualidad. En el instante mismo en que la Medicina, al igual que otras ciencias experimentales, se halla en cruce decisivo de caminos, en el que de seguir el rumbo más acreditado hoy —el de la tecnología—, tal vez pierda o amengüe sustancialmente su fermento humanista, reconstruir los jalones primigenios del noble saber hipocrático, significa, indubitadamente, una loable expresión de sensibilidad a la vez académica y social. Como requiere una opinión pública particularmente exigente con los estamentos docentes, los saberes han de socializarse, pero siempre desde que tan ineludible cometido se haga con acribia y responsabilidad crítica, sin dejar material ni equipamiento en las aduanas de la frivolidad o, aun peor, de la demagogia.

Al proseguir con la pertinente documentación bibliográfica y acotar con finura conceptual y estilística los principales itinerarios del nacimiento de la medicina de hombres y animales, el antiguo catedrático de la Universidad cordobesa deja constancia del talante altruista, de la permanente visión del “otro” que late, invariablemente, en la entraña de la profesión médica desde su arranque en tiempos remotos. La distancia abisal que media en el despliegue del oficio de curar entre los días del Hammurabi y los de la segunda guerra de Irak, quedase reducida a un corto tramo si se repara en esa identidad de propósito, en ese común fondo de vivencia y vigencia permanente de la salud del prójimo que aduna los trabajos y anhelos de Sinhué, el egipcio, con los de la más vocacionada licenciada que, en un rincón de la patria española, se apresta a superar el examen de MIR para entregarse, desbordada e inembridadamente, a sanar cuerpos y almas. No otra cosa cabe decir de los veterinarios que con su entrega y cualificación cooperaron, en ancha medida, a convertir su benemérito oficio en la ciencia prestigiosa que en la actualidad imanta a uno de los porcentajes más elevados y concienciados del alumnado en España y fuera de ella.

La Real Academia de Córdoba presenta hoy una salud roborante. Merced al esfuerzo y tino de sus cuadros dirigentes actuales y anteriores, la venerable institución cumple decorosamente —las calificaciones bombásticas no han de tener cabida en las tribunas intelectuales— con sus imperativos fundamentales. La entrada en su seno del Dr. D. Francisco Castejón Calderón se verifica en hora presidida por una moderada complacencia y grávida de proyectos e iniciativas. Su trabajo y saber no habrán de faltarle para su realización.

He dicho.